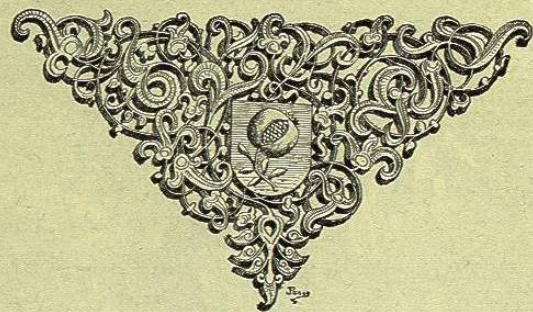


de Huetor y el Fargue, y por fin la Vega de Granada en que voy á evocar á tus ojos las sombras de los Reyes Católicos y las de tantos héroes como vinieron á sentar sus pendones en la última capital del Islamismo. La Alhambra te abrirá sus espléndidos salones, la ciudad sus frondosas alamedas, el Albaicín sus ruinas: respira, cobra aliento y sígueme en la última jornada.



## CAPÍTULO XXII

Situación de Boabdil. — Tala de la Vega de Granada. — Sitio y entrega de esta ciudad. — Descripción de algunos de sus monumentos. — Alhambra. — Descripción de este suntuoso alcázar. — Generalife.

AÑOS DE 1490, 91 Y 92

**B**OABDIL reina sin rival en Granada, pero lleno de temor y sobresalto. Apenas se le obedece más que en el estrecho espacio que puede abarcar desde las torres de la Alhambra; y aun en tan estrecho espacio cuenta más enemigos que soldados.



Su molicie, sus sangrientas venganzas contra los partidarios de el Zagal, y sobre todo su funesta amistad con los reyes cristianos, le han atraído el odio y el desprecio de sus súbditos, que, al ver flotar las banderas de Castilla, se agitan llenos de furor, y sólo se agrupan en torno suyo obligados por la necesidad de reunir todas sus fuerzas contra ejércitos vencedores de Málaga, Baza, Almería y otras ciudades del reino. Apremiado por sus antiguos libertadores, que le exigen la entrega de Granada en virtud de su última alianza, estimulado por su orgullo, que no le permite poner en manos de sus enemigos una corona defendida por sus antecesores en cien campos de batalla, intimidado por los clamores del pueblo que pide á voz en grito la guerra, amenazado por unos, arengado enérgicamente por otros, movido por la alarma y desesperación de todos, resuelve al fin romper los vínculos con que le ataron sus propias desventuras, y trocando el cetro por la espada, salir de nuevo á la lid al frente de sus tropas; pero lo resuelve ya tarde, cuando ni el valor ni el heroísmo pueden hacer más que prolongar la lucha, multiplicar los males y agravar la miseria del vencido. Sale en efecto de la ciudad, cae sobre Alhendín, lo toma por asalto, lo destruye y aniquila, invade de repente las tierras de Cid Hiaya, toma y desmantela el castillo de Marchena, pone en alarma y temor la taha de Andarax, que posee el Zagal como feudatario de Castilla, y deja en todas partes marcada con sangre la huella de sus pasos: enardece con esto por instantes los ánimos del pueblo, aumenta su ejército, y crece en valor, confiando en su fortuna; convoca sus mejores caballeros, los consulta, les pide consejo, y no bien se convence de la necesidad de abrirse paso al mar á fin de recoger socorros de África, se dirige precipitadamente á las playas del Mediterráneo con el firme propósito de conquistar la fortaleza de Almuñécar. Grande es su ardimiento y mayor aún el entusiasmo que inspira: conmueven y se agitan hasta los pueblos sometidos á los reyes de Castilla, enciéndese en el corazón de todos la esperanza, y hay todavía

quien crea en que la infausta estrella de Boabdil ha dejado caer su velo y alumbrará nuevamente por el camino de la prosperidad el reino de Granada.

Sigue Boabdil con afán la senda que al parecer ha de conducirle á reparar su fortuna y asegurar su trono. Ve en el camino de Almuñécar ocasión para apoderarse de Salobreña, la ataca, y toma al primer ímpetu los arrabales, poniendo en gran peligro á los cristianos y obligándolos á encerrarse en el castillo. Los cerca, estrecha de día en día el sitio, los reduce á la mayor escasez, los condena á morir de hambre, y ve al fin caer á cada paso de lo alto de los adarves cadáveres de hombres y caballos. Sabe que están en movimiento los cristianos de los pueblos inmediatos, que van á salir contra él caudillos esforzados, que el mismo rey Fernando acaba de reunir en Córdoba la flor de sus guerreros, deseoso de castigarle por su atrevida empresa; y no retrocede, no retrocede ni aun cuando Pulgar, ese héroe á quien llamaron el de las Hazañas, logra introducirse en el castillo con setenta de sus más bravos escuderos. Brama entonces de cólera, ordena sus huestes, y les manda que asalten el castillo sin dejar hombre á vida ni piedra sobre piedra. Lucha con valor; pero tiene ya cristianos á la espalda, siente tras sí los pasos de los reyes castellanos, y puesto entre dos fuegos, se ve obligado á retirar y marcharse con rapidez por las vertientes de Sierra Nevada.

¿Qué puede hacer ya Boabdil en una Corte circuída de peligros, que ha visto ya en su vega las armas del rey Fernando? Los ejércitos enemigos llevan consigo á Cid Hiaya y á el Zagal, y estos vengativos musulmanes los auxilian no sólo con sus armas, sino también con su astucia y su perfidia. Los Reyes Católicos, animados por sus últimas victorias, bajan de nuevo á la Vega con más de veinte mil soldados, recurren al incendio, y dejan yermos los campos, que eran la esperanza de los defensores de Granada. Los caballeros que acompañan á los Reyes, como si creyesen encadenada á sus banderas la victoria, se em-



peñan á porfía en las empresas más difíciles: entran en batalla con escaso número de tropas, se dirigen calladamente y de noche á la ciudad y llevan la osadía al extremo de clavar con su puñal en la puerta de la Mezquita mayor un pergamino en que va escrito el nombre de la Reina de los Cielos. Cree el rey Fernando llegada la hora de acabar con el imperio de los Alhamares, y entra por fin en la Vega con todo el grueso de sus tropas. Arrasa por tercera vez la campiña, corre hasta el valle de Lecrín, pretende forzar la aspérrima Alpujarra, y regresa después de algunos encuentros dejando monte y valle cubiertos de ruinas y cadáveres. No retrocede á Castilla como en las campañas anteriores; sienta sus reales en el pago del Gozco, los fortifica con fosos y murallas, y empieza á estrechar por hambre la ciudad, que cuenta aún fuerzas para resistir á sus armas.

Grande es en esto el apuro de Boabdil. Aunque ve cierta su caída, quiere animar á su pueblo y hacer alardes de valor; pero sin fruto. Sufre en cada combate una derrota, ve de día en día crecer el peligro, y abandonado por la suerte, llega á temer más de sus súbditos que de sus enemigos. Cuenta aún héroes entre sus soldados; y al ver en la Zubia á la reina Isabel, que, deseosa de contemplar mejor á Granada, se atrevió á bajar allí defendida por las tropas de sus mejores capitanes, manda contra el enemigo huestes que le obligan á la lucha; pero no alcanza sino la pérdida de más de dos mil hombres y el desconsuelo de ver entrar atropelladamente por las puertas de su corte los restos desbandados de su ejército. Sabe á poco que trata Fernando de talar las huertas y jardines que crecen al pié de los mismos muros de Granada, y resuelve salir en persona contra los cristianos al frente de sus escuadrones. Deja la Alhambra entre los sollozos de su familia, baja á los cármenes de Ainadamar, se arroja como un león sobre las tropas castellanas, combate con el mayor denuedo; y akogado por el número de sus contrarios, poco favorecido por su caballería, y desamparado á poco por la infantería que cejó al primer ataque, ha de recurrir

también á la fuga y buscar su salvación en la velocidad de su caballo.

No le queda ya á Boabdil ni sombra de esperanza. Se incendia por un descuido el campamento de los cristianos y se construye en su lugar la ciudad de Santa Fe, ciudad con cuatro puertas y una plaza que hoy después de cuatro siglos conserva aún la forma de los antiguos reales. Empieza el hambre á hacerse sentir en la ciudad; crece el descontento y conduce lentamente á la anarquía; vagan por las calles turbas sin freno que amenazan con el robo y la muerte á los que no les abren sus arcas para alivio de la miseria pública; quéjense acá y acullá contra el Príncipe, y todo presagia nuevas calamidades para aquel reino moribundo. Convoca otra vez Boabdil á sus consejeros, y no oye de boca de nadie sino palabras de dolor y abatimiento. Todos creen necesario transigir, temeraria la prolongación de la defensa; y aunque en su interior vacila y siente abatido el corazón por la melancolía, no puede menos de adoptar el parecer de la asamblea. Envía mensajeros á los Reyes para que estipulen las condiciones de la entrega, da en rehenes á su propio hijo, y espera el éxito en la Alhambra sin atreverse á parecer ante los suyos. Recibe la capitulación, y al ver respetada en ella su dignidad y aseguradas la vida, la libertad y las haciendas de los súbditos, reúne al punto su consejo. Conmuévense al oírla algunos ancianos y derraman abundantes lágrimas: álzase Muza y protesta pretendiendo aún inflamar los ánimos con el fuego de sus palabras; pero todos callan, y el desventurado rey no encuentra sino la resignación para alivio de los males de su patria. Fírmase y ratifícase lo estipulado con los Reyes; ata el dolor los labios, vela el sentimiento del amor propio los ojos, y se retiran todos á esperar en el silencio de sus hogares el día de la entrega, que no había de amanecer según la capitulación hasta los dos meses (1).

(1) Las principales condiciones de la capitulación fueron las siguientes: la



No acabaron aún para Boabdil los sobresaltos. Hácese pública en Granada la capitulación á pesar del secreto con que se la hizo; arde en ira la muchedumbre, se arma á la voz de un ermitaño, recorre las calles de la ciudad, y produce tan grande alarma, que se cierran todas las puertas y el rey cree necesario atrincherarse en su palacio. Cesa al día siguiente el tumulto, desaparece el autor, y todo parece entrar de nuevo en calma; pero ni los sentidos acentos de Boabdil que arenga al pueblo, ni las pacíficas palabras que los Reyes Católicos dirigieron desde el campamento bien que envueltas en amenazas, ni la vista de su propia situación, logran aplacar por mucho tiempo la irritación de la multitud, que va creciendo sin cesar con el hambre y los demás sufrimientos de una ciudad sitiada. Asoman nuevos peligros, y llega la desventura de Boabdil hasta el punto de pedir por favor á sus enemigos que acorten el plazo de la

plaza había de ser entregada dentro de sesenta días; aseguraban los Reyes los bienes y las haciendas de los moros; no se podía imponer á los vencidos más tributos que los prescritos por las leyes musulmanas; el día antes de la entrega Boabdil y sus caballeros debían dar en rehenes quinientas familias principales; las tropas de Castilla el día de la entrada habían de ocupar la fortaleza de la Alhambra subiendo á ella por el campo, y los Reyes habían de devolver el hijo de Boabdil y otros jóvenes moros que en Moclín tenían; se debía respetar en todas sus partes la religión de los vencidos; no debía hacerse cambio ninguno ni en las leyes civiles ni en la administración de justicia; la instrucción pública había de continuar al cargo de los alfaquíes; los moros ausentes tendrían tres meses de término para someterse á las capitulaciones; ningún renegado podría ser molestado por su conducta de otro tiempo; los moros casados con cristianas renegadas no debían divorciarse, á no ser que la esposa manifestase deseos de volver á su religión primitiva; la mora que enamorada de un cristiano abandonase la casa de sus padres, había de ser depositada y amonestada; no podía exigirse lo apresado en guerras anteriores, pero sí el cumplimiento de todos los contratos legales; los judíos habían de gozar lo mismo que los moros de los beneficios de la capitulación; quedando excluidos del gobierno de Granada el Zagal y todos sus deudos y antiguos servidores; los litigios entre moros y cristianos habían de ser dirimidos por jueces de ambas partes; había de hacerse entrega reciproca de cautivos; debían ser escrupulosamente guardadas las acequias de aguas limpias y castigados los cristianos ó moros que las enturbiasen; debían ser conservados los alguaciles y almotacenes moros, y estar separadas las abacerías y carnicerías de vencedores y vencidos; debía ser castigado el que mezclase en ellas carnes vedadas. Existen estas capitulaciones originales en el archivo de Simancas; en el municipio de la ciudad no se conserva más que una copia autorizada.

entrada y se apoderen á la mayor brevedad posible de la Alhambra.

Queda, al fin, concertada la entrega para el 2 de Enero de 1492. Rehusa Boabdil aquel día los honores de rey; y al llegar la hora se despide tristemente de su alcázar. Monta á caballo y baja por la puerta de los Siete Suelos con su familia y cincuenta caballeros de su servidumbre. Da al punto con el cardenal Mendoza, le habla primeramente en secreto, le dice á poco en alta voz que ocupe sus alcázares, y prosigue su camino hasta la margen del Genil, donde le espera el Rey al frente de su caballería. Apenas le ve, hace ademán de apearse y solicita besarle la mano; y como no se lo consiente Fernando, le besa en el brazo derecho, y le entrega con humildes y sentidas palabras las llaves de la Alhambra. Oye de los labios del Rey palabras de consuelo; mas anonadado por su desgracia, no tiene aliento sino para preguntarle á quién encomienda el gobierno de su ciudad querida. Galardona al agraciado con su sortija de oro, pidiendo á Dios que pueda con aquel sello gobernar á Granada mejor que la ha gobernado el último de sus reyes; y dando de las espuelas á su caballo, parte traspasada de congoja el alma al pueblo de Armilla, donde recibe su hijo de manos de la Reina.

Sale de Armilla, dirígese á Santa Fe, donde le desean los Reyes hasta saber el resultado de la entrega de Granada, y oye allí á lo lejos los vítores del ejército cristiano, que al ver enarbolados en la torre de la Vela la cruz y los pendones de Castilla, aclama con entusiasmo á sus monarcas arrojando de su pecho gritos de júbilo y de orgullo. Ve en torno suyo animación, vida, movimiento; y á cada paso que da siente más abatido su espíritu, más herida su dignidad, más patente su vergüenza. No bien llega á Santa Fe, cuando le conduce Hurtado de Mendoza con señaladas muestras de respeto á la tienda del Cardenal, ricamente adornada de oro y seda; pero ya ni en los obsequios de los demás halla consuelo. Desea salir del campa-



mento, evitar los ojos de sus enemigos, correr á buscar en su destierro de Andarax los desiertos y sombríos paisajes que han de divertir su melancolía. Sale de Santa Fe, y en llegando á la cuesta del Padul, como descubre por última vez á Granada, suspira por su patria.—¡Oh gran Dios!—exclama y tramonta la cuesta bañados en lágrimas los ojos y anudada la voz en la garganta. «Llora, llora como mujer, ya que no supistes defenderte como hombre,» oye de boca de su madre; y oculta el rostro entre sus manos sin poder arrancar del pecho más que profundísimos gemidos.

Con razón, con sobrada razón llora Boabdil: acaba de perder una corona legada por sus mayores, de entregar un reino á la esclavitud y la ignominia, de dejar para siempre los muros de una ciudad que fué su cuna y está sentada sobre una alfombra de flores, al pié de una sierra de cuyas vertientes se destacan las frondosas alamedas del Genil y el Darro. En esa ciudad defendida por más de mil torreones, á cuyos piés se extendían floridos cármenes y feraces huertas bañadas por las aguas de cien acequias, tuvo hace poco un trono, alcázares soberbios, encantados jardines morada del placer y de la poesía; y ha de trocarse hoy por una comarca fragosa donde sólo en el cielo podrá reconocer alguna vez algo de su patria. No verá ya esos dos ríos que se enlazan á las puertas de la ciudad como para fecundar mejor sus alrededores pintorescos; no verá ya esa espaciosa vega entre cuyos árboles blanquean tantas alquerías y palacios adornados de oro y de colores; no verá ya esos cerros desiguales que circuyen el campo y la ciudad como guardas celosos de su riqueza y su hermosura, cerros siempre bellos cuyas cumbres pinta el sol con sus tintas más caprichosas y fantásticas cuando baja al occidente. Con razón, con sobrada razón llora Boabdil, porque esa ciudad que los árabes llamaban justamente granada de rubíes, corona de rosas que salpicó el rocío, fuente que se derrama, estrella del mediodía, ciudad de las ciudades, no ha de volverla á ver él, que respiró por treinta

años el aire que la circunda, gozó de todos sus encantos y aspiró el aliento de su querida Zoraida al pié de sus más puras fuentes, á la sombra de sus más hermosos álamos y bajo las artesonadas techumbres de ese alcázar llamado Alhambra, que parecen haber escogido por asiento los genios de la belleza y la armonía.

Con razón, con sobrada razón llora Boabdil. Su destino alcanza á todos los súbditos, y son muchos, muchos los que lloran como él en el seno de sus hogares. El terror se ha apoderado de la ciudad; las puertas de las casas apenas se abren sino para familias que, no pudiendo sobrellevar la esclavitud, atraviesan los umbrales con la cabeza caída sobre el pecho para no volverlos á pisar en los días de su vida. Ata el rubor los piés, el temor la lengua; y todo está desierto y en silencio. ¿Cómo han de mirar sin dolor invadidos los salones del palacio de sus reyes y profanadas sus mezquitas? En vano se esfuerzan los vencedores por aquietar los ánimos; en vano ponen al frente del gobierno de la ciudad varones tan prudentes como el conde de Tendilla, prelados tan dulces como Talavera, políticos tan sagaces como Hernando de Zafra, á quien confían la interpretación de las capitulaciones: el grito del amor propio herido, la voz de la religión ultrajada, los clamores del horror á la servidumbre, no permiten aún la resignación ni las consideraciones que inspiran al hombre las incesantes vicisitudes por que pasa el mundo. En la mezquita mayor, en la del Albaycín, en otras muchas se alzan ya las imágenes del cristianismo; los ciudadanos hacen entrega de sus armas, rigen exclusivamente la ciudad los hombres de Castilla. ¡Ay! no parará aquí la desventura de los vencidos! Antes de terminar el siglo, un prelado audaz, que no vacila en sacrificar el cristianismo á la política, les quema en la plaza pública los libros santos y los libros de las leyes, y quiere imponerles con la espada sus propias creencias. Contra la voluntad de los Reyes se obliga á los vencidos á abjurar la religión de sus mayores, se les arranca sus antiguas costumbres